

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

UN NOTABLE CAPITULO DE "EL INFIERNO"

Iré a parar bajo tierra. Habré tenido una enfermedad o una llaga que acelerará la podredumbre de mi carne. Sin duda moriré de enfermedad, por haberme atrevido, quebrado o paralizado algún órgano, si no es que enloquecí atropellando a todo lo demás. Moriré de enfermedad, con toda mi sangre dentro. Me gustaría más morir en la nárpura de una herida...

Y a mi también me enterrarán como a los demás, por raro que pueda parecerme. Ya como una advertencia de lo que me espera, me abruma—tengo que sufrir esa polvareda que cae sobre mí todos los días, de la que he de verme, defenderme, y escapar. El polvo que nos molesta diariamente es el ángel sombrío de la tierra.

En el frágil ataúd, será mi cuerpo presa de los insectos, del pulular irresistible de sus larvas. ¡Invasión incontable que se multiplica! Linneo ha dicho que tres moscas consumen un cadáver tan pronto como pudiera hacerlo un león.

Abro un libro que tengo aquí. Me abismo en los pormenores. Me entero de lo que me aguarda después de la muerte. Aprendo en ese libro mi historia futura.

Los bichos de los cementerios se succionan por períodos. Cada especie llega a un tiempo, de suerte que se conoce la edad de un cadáver por la clase de insectos que en él se oía. Observárase así al través de los cuerpos sin vida, ocho inmigraciones sucesivas, que corresponden a las ocho fases de la fermentación putrífica, por obra de la cual se exterioriza poco a poco el interior del cuerpo.

Quiero conocer mi futura fermentación, ver de antemano lo que no he de ver; quiero temblar a causa de lo que no he de sentir.

En las moscas muy menudas, las curtoperas, asedian al cuerpo algunos instantes antes de la muerte. Yo las oír. Ciertas emanaciones les indican la inminencia de un suceso que va a proporcionarles una rebosante abundancia de alimentos para sus larvas, y cargadas de huevos, perfían ya por depositarlos en las narices, boca y ojos del moribundo.

No bien cesa la vida, acuden otras moscas. Desde que el pobre soplo de la corrupción se hace sentir, acuden muchas más: la mosca azul, la mosca verde, cuyo nombre científico es "Lucilia caesar", y el moscardón llamado el "gran sarcófago", que tiene el tórax surcado de rayas blancas y negras. La primera generación de estas moscas, atraídas por la espantosa señal, puede formar por sí sola, en el cadáver, de siete a ocho generaciones que crecen y se acumulan durante tres a seis meses. "Cada día—dice Meguin—las larvas de la mosca azul aumentan doscientas veces otro tanto de su peso..." La piel del cadáver es entonces de un color amarillito tirando a rosa, el vientre de un verde claro, la espalda de un verde obscuro. O por lo menos, tales serían sus colores si no pasase todo esto en la sombra de la tumba, que la fermentación hipélica, que produce unas ácidos era-

tos llamados vulgarmente sebo de cadáver. Esa es la sazón de los dermestidos—insectos carnívoros que producen larvas provistas de largas cerdas—y mariposas que reciben el nombre de aglosas. Las larvas de los dermestidos y las orugas de las aglosas presentan la particularidad de que pueden vivir en las materias crasas, y "se amoldan como la manteca al fondo de los ataúdes". Algunas de estas materias cristalizan y reducen como lentejuelas, luego, en el polvo definitivo.

Después acude un enjambre esmerado, que acompaña a la fermentación caseica, y se compone de unas moscas, las púgilas, que producen los gusanos del queso— a los cuales se les conoce fácilmente por los altos caracteres que ejecutan—, y unos coleópteros, los corinetos.

La fermentación amoniacal, la llenefación negra de las carnes, atrae una quinta invasión, formada de moscas que reciben los nombres de loncheas, o firs y foras, y son tan numerosas, que en los cadáveres exhumados en el curso de este período, los restos negruzcos de sus crisálidas semejan, según la expresión de un médico legal, a las "queseras de los jamones", y cuando se exhuma el féretro y se le destapa, durante esta fase, salen de él nubes de moscas.

La descomposición del cadáver negro atrae también a unos coleópteros, las sílfides, y a las nueve especies de necrófagos.

La putrefacción ha consumado ya casi del todo su obra. El período que luego empieza es el de desecación y momificación del cadáver bajo los sudarios y mortajas almidonadas por los líquidos gelatinosos del período anterior. Todo lo que queda de materia blanda, pasta orgánica harinosa y jabonosa amoniacales, lo devora otra especie de insectos: unos acarios redondos y gaudiosos, así invisibles a simple vista. Su número se decuplica de quince en quince días; si al principio eran veinte, al cabo de dos meses y medio son dos millones.

A los acarios sucede una séptima invasión. La forma las aglosas, que ya acudieron al empezar la destilación de los ácidos crasos y luego desaparecieron. Estas aglosas roen, asieran, desmenuzan los tejidos apereginados, los ligamentos y tendones, transformados en una materia dura de apariencia resinosa, así como los pelos y las ropas. El cuerpo toma entonces un color de oro bronceado y esperece un fuerte tufo a cera.

Por último, al cabo de tres años, acude el último enjambre de obreros. ¿Qué es lo que éstos devoran? Todo lo que queda, todo, hasta los restos de los insectos que en estado de larva se sucedieron en el cadáver. El que arrambla con las últimas sobras es un pequeño coleóptero negro, cuyo nombre científico es el de tenebrío obscuro.

Este coleóptero no deja nada tras de sí, a no ser algunos restos de restos al rededor de los huesos blanqueados y una diminuta masa compacta en el fondo de la cápsula del cráneo. Esa suerte de mantillo pardusco, granuloso, que espolvorea a la piedra humana y pudiera tomarse por el último residuo de las carnes, no es ni siquiera eso, sino la acumulación de los caparazones, pupas, crisálidas y excrementos de las últimas generaciones de insectos devoradores.

A todo esto, han pasado tres años. Todo ha terminado. La criatura que fué adornada y adornó ha vuelto toda ella en tres años al reino mineral. Desapareció el heñor, último signo de vida, y ahora se aniquila, ¡ay! sin que se lo guarde ni siquiera luto.

Y todos los habitantes del mundo habrán de pasar por ello dentro de algunos años. En el cuarto de hora que hace que medito sobre este tema, un millar de criaturas humanas han muerto sobre la superficie del mundo.

Sus cuerpos, aglomeraciones de células, aglomeraciones de átomos, fragmentos indivisibles de materia, pasan a formar otras combinaciones. La célula! Esa unidad orgánica tiene de dimensión una milésima y hasta una diezmillésima de milímetro. ¡El átomo! Es un elemento desconocido e hipotético. Si le concedemos una dimensión casi conforme con la verosimilitud, basándonos en la pequeñez de los elementos anatómicos, nos encontramos con que en una esfera de materia del diámetro de una cabeza de alfiler hay un número de átomos representados por un ocho seguido de veintidós ceros, de suerte que para contar todos los elementos primordiales de una cabeza de alfiler, a razón de uno por segundo y por hombre, la humanidad entera, ocupada en ello sin descanso, invertirá en esa tarea doscientos mil años.

Si de noche horas por el sol, no verás las estrellas.

—No ves cómo nosotros, las hojas numerosas, sabemos responder a la tormenta? ¿Quién eres tú, di, tan callada?

—Yo no soy más que una flor.

La cascada canta: Cuando llego a mi libertad, cante en mi canción.

La vida se nos da, y la merecemos dándola.

No temáis nunca al instante, dice la voz de lo eterno.

Da gracias a la llama por su luz, mas no te olvides de la lámpara paciente, siempre de pie en la sombra.

Cada niño que viene al mundo no dice: Dios aquí espera del hombre.

El bienhechor llama a la puerta, pero el que ama la encuentra de par en par.

—Fruto, ¿estás muy lejos de mí?

—Estoy en tu corazón, flor.

El cuño de la muerte da valor a la moneda de la vida, y hace posible comparar con la vida lo que es verdaderamente precioso.

No te pases a cojer flores por guardadías, sino camina y camina, que las flores se guardarán a sí mismas, floreciendo en toda tu jornada.

Cómo aletea alrededor del otoño la música del verano que se fue, buscando su nido viejo!

Se quiere bullicioso el camino, porque no se lo ama.

Lo que termina agotándose, no es más que muerte; el finalizar perfecto está en lo infinito.

El silencio lleva en sí tu voz, como el nido la música de sus pájaros dormidos.

¿Qué es esto que así me aprieta el pecho? ¡Mi alma que quiere salir a lo infinito, o el alma del mundo que quiere estar en mi corazón!

Rabindranath TAGORE.

CABEZAS DE ENSUEÑOS



GIRL HOPE HARDING DAVIS, linda neoyorkina de seis años que a pesar de ser la mimada primogénita de Mr. Richard Harding Davis, célebre actor dramático y de Mrs. Bessie Medoy Davis, maravillosa intérprete de la escena, recién acaba de obtener el permiso de sus padres para poder asistir a una representación teatral, la primera que en su vida deslumbra el azul de sus ojitos de blanda princesa yanqui.

Por qué habrá sido ese capricho sutil de los esposos Davis, al no dejar que Girl Hope, antes de los seis años, desvele sus fantasías de muñeca con una visión de realidad sobre las tablas? Y siendo como son ellos, brujos y devotos de la escena? Será tal vez porque el Teatro es una fuerte lección de vida y toda enseñanza es siempre un mal para las cabezas que sólo pueden perseguir, inconscientes, la quimera de una flor, o la dulce mentira de las estrellas!

Y de ese polvo está hecho el Globo. Y el Globo mismo no es nada en el universo.

Abro un libro por una página señalada. Este pasaje me llamó ya la atención.

En una hoja de papel de cartas hay marcado un puntito apenas visible. A su alrededor hay trazada una circunferencia que coge todo lo ancho de la página. El punto es la Tierra; el círculo representa el sol. En esa proporción están una y otra. Tomemos otra hoja.

Un punto representa en ella el sol, que aparece tan grande en la otra hoja. Una esfera enorme está figurada por un círculo que coge de uno a otra extremo del papel. Es Canope, una estrella.

Tan pequeño es el sol con relación a Canope, como lo es la Tierra con respecto al sol. He aquí ahora otra hoja de papel cubierta de una capa, gris. Mirando de cerca, veo que esa capa la forman muchos puntitos muy juntos. Cada uno de esos puntitos es una estrella como el sol o como Canope, o todavía más grande.... Esto es sólo un fragmento del mapa celeste. Un fragmento infimo, puesto que se calcula en cien millones el número de las estrellas en la imagen se ha logrado percibir y solamente hay cerca de tres mil en esta hoja. No se pueden distinguir los cien millones de estrellas porque los instrumentos de óptica no llegan a ensanchar el campo visual sino hasta las estrellas de 21a magnitud y sólo consienten ver diez y siete mil veces más estrellas que

a simple vista. ¿Y quién se atrevería a afirmar que las últimas estrellas, que vemos limitan el universo? Pero el tamaño de las estrellas, por enorme que sea, no es nada en comparación con los espacios vacíos que las separan. La estrella más próxima a nosotros después del sol, la estrella Alfa de la constelación del Centauro, dista de la Tierra treinta y ocho millones de leguas. Una máquina de vapor que caminase a ciento veinte kilómetros por hora tardaría treinta y ocho millones de años en llegar hasta ella. Arturo se halla a la distancia de trescientos veintinueve mil millones de kilómetros. Arturo se mueve en el espacio a razón de dos mil seiscientos cuarenta millones de kilómetros por año, y en los tres mil años que hace que se lo observa y se le marca su sitio en los mapas astronómicos no parece haber dado un paso. La estrella 1.830 del catálogo de Greenwich se halla a una distancia de ochocientos mil millones de kilómetros.... Sólo conocemos la distancia a que se encuentran algunas estrellas. Las demás están tan alejadas de nosotros, que nos faltan en absoluto elementos para medir sus distancias.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

Si desde aquí fueses a caer en esa estrella que estás mirando y que te contemplas a la distancia de todas las demás, el polvo de tus huesos descarnados por los años y los siglos quedaría sembrado en los espacios fríos antes que hubieses recorrido una parte perceptible de trillones.

DETALLE DE IRACUNDIA

Hay otro medio de hacerse una especie de idea, de fórmula de idea del universo, y es merced a la luz. A causa de su formidable velocidad, la luz ha de reducir locamente las cifras, haciéndonos más sensibles sus inmensidades.... La luz recorre el éter a razón de trescientos treinta mil kilómetros por segundo. Tarda un poco más de ocho minutos en llegar del sol; de suerte que la imagen que de él tenemos es la del astro según era ocho minutos antes del instante en que lo contemplamos. Para llegar la luz a nosotros desde la estrella más próxima invierte cuatro años y cuatro meses; y treinta y seis años en venir desde la estrella Polar.... En plena varios siglos para llegar a nosotros desde ciertas estrellas que vemos, por lo tanto, según era hace varios siglos. Y si esas estrellas nos miran, nos ven con el mismo vertiginoso retraso.... Esa constelación que corona a la ciudad viviente y moribunda con una diadema triste por demasiado grande, nos es completamente desconocida. Sospechamos, a lo sumo, que cada uno de sus puntitos de luz tendrá alguna analogía con el ardiente Sol, esa bola de fuego erizada de llamas que son tan grandes como la distancia que hay de la Tierra a la Luna.

Si los ojos de una de esas estrellas fuesen más perspicaces que los nuestros, ¿qué vería en la Tierra como si estuviese ocurriendo en el presente momento? Entre las formas terrestres que aún se crisan y tiemblan a consecuencia de una gran crisis geológica, vería se una cumbre a la vez único desprendimiento de la tierra que atrae sus enteros miembros, ergirse en pie vacilando todavía y alzar obscuramente los ojos, abiertos en un semblante aún bestial y asustado de sombra. Comprendería que una conciencia se ha despertado fuera de la universal animalidad y que en el hueco de esa montaña una caverna piensa.... Y tal vez entre otra estrella y nosotros todavía no ha habido cambio de lúes desde que ella existe, cuando ambos mundos acaban por verse, quizá haga eternidades que fueran ambos destruidos....

Y esas eternidades me hacen pensar en el tiempo. ¿Cuánto tiempo hace que la Tierra existe? ¿Cuántos millones de siglos transcurrieron desde que la masa gaseosa del mundo se desprendió del ecuador de la nebulosa solar? No lo sabemos. Se supone que para la segunda parte—muñisimo más corta—de su transformación, es decir, para pasar del estado líquido al sólido, fueron menester trescientos cincuenta millones de años.

¡Habla hace un momento del átomo el elemento más pequeño de la materia. Veamos ahora el mayor elemento que se conoce: el mundo estelar. No hablo del conjunto real, ni siquiera del visible del firmamento, que es incommensurable, sino de la parte del mismo que ha sido medida por la ciencia. La investigación científica se limita a un radio de ochocientos mil millones de millones de kilómetros, a partir de la Tierra. Más allá de ese radio, que sólo a barea los astros más próximos, los mundos no presentan, con respecto al movimiento de la Tierra, un desplazamiento aparente que nos consienta apreciar su distancia, y ningún dato tenemos sobre los espacios siderales.

El universo explorado por el cálculo se halla, pues, representado por una esfera cuyo radio es de ochocientos mil millones de millones de kilómetros. Los números que determinan esa esfera son los guarismos más grandes que se pueden aplicar a la realidad. Arrojan un volumen de dos mil ciento cuarenta y cinco "sexdecillones" de metros cúbicos. Como, de otra parte, el número de

átomos contenidos en un metro cúbico es, refiriéndonos a la dimensión hipotética que hemos concedido al átomo, de un "decillón", la relación entre lo más grande y lo más pequeño es un número tal, que la ciencia no tiene término apropiado para expresarlo.

Nunca se sirvió alguien de él, yo soy, quizá el primer hombre que lo hace, por la necesidad de precisión enorme que me atormenta esta noche. Según la etimología latina de los nombres de los números, ese número virgen, que formula los átomos que puede contener el universo, se empezaría a anunciar así: "dos octovigintillones"... Compónese de un dos seguido de ochenta y siete cifras. Nada puede dar idea de la inmensidad de ese número, que expresa a la Naturaleza desde sus cimientos hasta su última frontera asequible.

Y sin embargo, todavía hay que multiplicarlo por cincuenta trillones, tras formarlos en "ciento duotrigintillones" es decir, en un número de ciento dos cifras, si admitimos la teoría de Newcomb, que, basándose en los movimientos y velocidades de los astros, según la ley inmutable de gravitación, limita nuestro sistema estelar entero a una

(Signe en la sexta página)

Arrebuñado en su gran capa un cura, indiferente, pasa. Una muchacha de elegante apostura, se rie de mi fachá al ver como la miro con dulzura....

Un borracho me ve; luego, se para, y se queda mirándome a la cara en una "pose" casi milagrosa.... Ve si está su melena alborotada.... Se esfuerza por decirme alguna cosa, pero, no dice nada.... Y se marcha, después con mucha prosa....

Y vuelve el Alma de la paz serena de esas aldeas, de inquietudes plena.... La siento nada buena. Y, al no hallar compasión para mi pena, hundo las manos en mi andaz melena, tal como en cosa ajena....

Y me quedo mirando, indiferente, pasar burlesco, polichinelamente, perros, burros y gente....

Cuenca—1919.

Rafael Romero y Cordero.

átomos contenidos en un metro cúbico es, refiriéndonos a la dimensión hipotética que hemos concedido al átomo, de un "decillón", la relación entre lo más grande y lo más pequeño es un número tal, que la ciencia no tiene término apropiado para expresarlo.

Nunca se sirvió alguien de él, yo soy, quizá el primer hombre que lo hace, por la necesidad de precisión enorme que me atormenta esta noche. Según la etimología latina de los nombres de los números, ese número virgen, que formula los átomos que puede contener el universo, se empezaría a anunciar así: "dos octovigintillones"... Compónese de un dos seguido de ochenta y siete cifras. Nada puede dar idea de la inmensidad de ese número, que expresa a la Naturaleza desde sus cimientos hasta su última frontera asequible.

Y sin embargo, todavía hay que multiplicarlo por cincuenta trillones, tras formarlos en "ciento duotrigintillones" es decir, en un número de ciento dos cifras, si admitimos la teoría de Newcomb, que, basándose en los movimientos y velocidades de los astros, según la ley inmutable de gravitación, limita nuestro sistema estelar entero a una

(Signe en la sexta página)

Arrebuñado en su gran capa un cura, indiferente, pasa. Una muchacha de elegante apostura, se rie de mi fachá al ver como la miro con dulzura....

Un borracho me ve; luego, se para, y se queda mirándome a la cara en una "pose" casi milagrosa.... Ve si está su melena alborotada.... Se esfuerza por decirme alguna cosa, pero, no dice nada.... Y se marcha, después con mucha prosa....

Y vuelve el Alma de la paz serena de esas aldeas, de inquietudes plena.... La siento nada buena. Y, al no hallar compasión para mi pena, hundo las manos en mi andaz melena, tal como en cosa ajena....

Y me quedo mirando, indiferente, pasar burlesco, polichinelamente, perros, burros y gente....

Cuenca—1919.

Rafael Romero y Cordero.

átomos contenidos en un metro cúbico es, refiriéndonos a la dimensión hipotética que hemos concedido al átomo, de un "decillón", la relación entre lo más grande y lo más pequeño es un número tal, que la ciencia no tiene término apropiado para expresarlo.

Nunca se sirvió alguien de él, yo soy, quizá el primer hombre que lo hace, por la necesidad de precisión enorme que me atormenta esta noche. Según la etimología latina de los nombres de los números, ese número virgen, que formula los átomos que puede contener el universo, se empezaría a anunciar así: "dos octovigintillones"... Compónese de un dos seguido de ochenta y siete cifras. Nada puede dar idea de la inmensidad de ese número, que expresa a la Naturaleza desde sus cimientos hasta su última frontera asequible.

Y sin embargo, todavía hay que multiplicarlo por cincuenta trillones, tras formarlos en "ciento duotrigintillones" es decir, en un número de ciento dos cifras, si admitimos la teoría de Newcomb, que, basándose en los movimientos y velocidades de los astros, según la ley inmutable de gravitación, limita nuestro sistema estelar entero a una

(Signe en la sexta página)

Arrebuñado en su gran capa un cura, indiferente, pasa. Una muchacha de elegante apostura, se rie de mi fachá al ver como la miro con dulzura....

Un borracho me ve; luego, se para, y se queda mirándome a la cara en una "pose" casi milagrosa.... Ve si está su melena alborotada.... Se esfuerza por decirme alguna cosa, pero, no dice nada.... Y se marcha, después con mucha prosa....

Y vuelve el Alma de la paz serena de esas aldeas, de inquietudes plena.... La siento nada buena. Y, al no hallar compasión para mi pena, hundo las manos en mi andaz melena, tal como en cosa ajena....

Y me quedo mirando, indiferente, pasar burlesco, polichinelamente, perros, burros y gente....

Cuenca—1919.

Rafael Romero y Cordero.

átomos contenidos en un metro cúbico es, refiriéndonos a la dimensión hipotética que hemos concedido al átomo, de un "decillón", la relación entre lo más grande y lo más pequeño es un número tal, que la ciencia no tiene término apropiado para expresarlo.

PARASITOS

Jamás pensé que Dios tuviera alguna forma. Absoluta su vida; y absoluta su norma. Ojos no tuvo nunca; mira con las estrellas. Manos no tuvo nunca; golpea con los mares. Lengua no tuvo nunca; habla con las centellas. Te diré, no te asombres: sé que tiene parásitos: las cosas y los hombres.

Alfonsina STORNI.

IMPUESTOS DE SANIDAD

De conformidad con la Ley y por resolución del I. Concejo Cantonal, convócase licitadores para el remate de los impuestos municipales de Sanidad por el presente año, sobre las siguientes bases:

Casas de juego \$ 2.000.—
Introducción de licores extranjeros 6.000.—
El remate se efectuará el día 17 del presente mes, en el portal de la Casa Municipal, hacia la calle de Chile, a las 4 de la tarde.

Guayaquil, 14 de Enero de 1920.

4v. EL SECRETARIO DE SANIDAD.

A. E. Alvarado Vargas

Acaba de recibir por el último vapor: Un gran surtido de cujas de metal y de hierro esmaltado, estilos modernos. Motores eléctricos "Hamilton—Beach", para máquinas de coser, de cualquier marca. Molinillos eléctricos "Steel—Kut", para café. Ventiladores eléctricos "Cyclone", de 8 pulgadas, para escritorio.

Precios sin Competencia

Oficina: Chimborazo No. 1219, entre Vélez y 9 de Octubre.



EMPRESA DE CARROS URBANOS

SOCIEDAD ANONIMA CAPITAL \$ 360.000

Por resolución del Directorio se convoca a los señores accionistas a Junta General para el viernes 16 del presente mes, a las nueve de la mañana, para conocer el Balance General del segundo semestre de 1919, verificar la elección de la Junta Directiva para el año actual, y resolver cualquier otro asunto que se proponga a la Junta.

Guayaquil, Enero 10 de 1920.

EL ADMINISTRADOR, JUAN JOSE AVELLAN.

REALIZAMOS:

500 Barriles Cemento. LYNCH & PAULSON. Calle Pedro Carbo No. 1014.

KOPPEL INDUSTRIAL CAR and EQUIPEMENT COMPANY

Koppel Pennsylvania, U. S. A.

Antes Orenstein-Arthur Koppel Company. Fabricantes de toda clase de Materiales para Ferrocarriles.

RIELES desde 8 lbs. hasta 60 lbs. DURMIENTES DE ACERO para todo tamaño de rieles. CLAVOS DE LINEA, TORNILLOS, CHAVETAS, etc. LOCOMOTORAS DE DISTINTAS CLASES Y PARA CUALQUIER ANCHO DE LINEAS. CARROS DE CARRA DE DIVERSAS CLASES Y PARA TODO ANCHO DE VIA. CARROS GIRATORIOS PARA DESCARGAR DE FRENTE O DE LOS COSTADOS PARA USO EN CONSTRUCCIONES DE TERRAPLENES, CAMINOS, ETC. CARROS PLATAFORMA, CARROS VAGONES CON ARMASON DE MADERA O DE FIERRO GALVANIZADO, CARROS DE TANQUE, CARROS PARA TRANSPORTACION DE VIGAS, etc. TODA CLASE DE HERRAMIENTAS PARA LA CONSERVACION DE VIAS FERREAS. AGENTES PARA EL ECUADOR, SOCIEDAD COMERCIAL ANGLO-ECUATORIANA LTDA.